

PLACIDO

El 28 de junio de 1844 fué fusilado en la ciudad de Matanzas, como complicado en la llamada Conspiración de la Escalera, un mulato peñetero, versificador a sueldo en bautizos, bodas y festejos, cuyo nombre civil era Gabriel de la Concepción Valdés.

Para los argentinos, no es un nombre muy conocido: —¡Cuba queda espiritualmente tanto más lejos que Europa!— Y, sin embargo, es parte de este destino de América que forzosamente compartimos. De este destino de América, que un día estuvo lleno de optimista elocuencia, y que hoy nos parece tan desordenado y triste, cargado de realidades que basta nombrar para sentirnos en una encrucijada, que más parece continuar la ruptura con la cultura occidental hacia un callejón de revueltas sin salidas, que promesa de un nuevo mundo. Cuba es un lugar tan lejano en el mapa; y Gabriel de la Concepción Valdés un nombre casi desconocido para los argentinos...

Sin embargo, en una poesía de Rafael Obligado, unida a nuestra niñez como esos jirones de canciones y recuerdos de juegos que ya nadie canta ni juega, se le hace un envío. A pocos, salvo a las antologías, les preocupa hoy el valor literario de las poesías de don Rafael. Van unidas a una sonrisa reminiscente, y tal vez no es posible evitar el salirse recitando alguna décima redonda.

No sé si todos habrán olvidado aquella poesía que supo dar trabajo a los filólogos. ¿Recuerdan?: “Tu flor de la caña. — Oh Plácido amigo...”

Eso es, y casi nada más, Gabriel de la Concepción Valdés para los argentinos. Parte de un recuerdo casi elegíaco.

Para los cubanos, es mucho más. Es, cerca de Martí, parte de una tradición de lucha por la libertad; por las libertades, si esta forma de usar la designación les parece menos gastada y menos vaciada de contenido. Es parte, sin retórica, de un martirologio civil formado por aquéllos que creyeron, quizás un poco ingenuamente, en que se podía mejorar la condición de los hombres.

En esta época nuestra, demasiado complicada en sus caminos de lucha, y en la que parece tantas veces cierto que las buenas intenciones empiedran los caminos del infierno, es bueno refugiarse de cuando en cuando en aquellos tiempos simples que

proponían ejemplos a la humanidad, y en los que sus mejores hombres creían que bastaba asegurar a los pueblos el derecho para disponer de su destino, para que se llegase a racionales y nobles tiempos.

Hoy Cuba vive parte de su endémico drama. En momentos en que se exalta oficialmente la figura de Martí, cuya noble bandera ha sido tan utilizada para encubrir todas las mercaderías, vaya a Cuba este envío, más dolorido que el de Obligado, aún en los límites de una nota. Vaya a Cuba el recuerdo de Plácido, figura humilde y oscura, sin la visión, ni el valor, ni la conciencia de sus actos que tuvo el héroe cubano, pero cuya vida y muerte están en las tablas de sus ideas. Vaya, sí, en su misma humildad, para eludir de algún modo el patrocinio oficial, y diríjase, por debajo (o por arriba de los gobiernos) a la Cuba Libre y fiel al ideario martiano.

Plácido era un mulato nacido en La Habana, en el año 1809. Cuba no era todavía libre. Hijo natural, pobre, y sin otras letras que las casi imprescindibles, se ganaba la vida como obrero del carey, ayudándose como improvisador de circunstancias.

Un amor desdichado, el de la llorada negra Fela, completaba su estirpe romántica. La mayor parte de sus versos no son apenas dignos del recuerdo, fabricados, como están, para las circunstancias, y aun algunos, viciados de la escasísima cultura del autor, lindan con el disparate, no sólo estético, sino también gramatical. Con todo aún recitan en Cuba algunos de sus poemas de dolorido amor:

“...mi suerte,
mi crecido dolor y mi quebranto,
mi terrible aflicción y pena fuerte
por el perdido bien que adoré tanto,
sólo puede aliviarse con la muerte”.

Y se recuerdan, ya que no se recitan, pues las circunstancias no lo permiten, aquellas décimas que fueron parte de su proceso final:

“Esc cometa que veis
en el Sud con grande cola,
anuncia una batahola
que en vano la evitaréis.
Es bueno que os preparéis,
muchachos, y oíd mi voz,
porque de esa estrella en pos
ha de sonar la trompeta,
y nos llevará el cometa
si no lo remeda Dios”.

El general O'Donnell ordenó su muerte, como presunto par-

ticipante en la Conspiración de la Escalera; movimiento revolucionario atribuido a los negros y mestizos contra la raza blanca, y aplastado en sangre para “ahogar la semilla de la insurrección”, como “medio prudente para la conservación de la Isla”, según aseguraba el proceso.

Plácido compuso, ya en la cárcel, cuatro poemas famosos: “Despedida a mi madre”, “La Fatalidad”, “Adiós a mi lira” y “Plegaria a Dios” que, según la tradición, recitara camino del suplicio.

Los cubanos, enredados hoy en luchas más complejas que las de la independencia, recuerdan a Plácido como mártir de la libertad, y víctima de la intolerancia, de los hombres fuertes y más o menos providenciales y del poder incontrolado.

Aunque a los hombres de 1953 no nos parecen las cosas tan simples, y hemos aprendido, generalmente a nuestra costa, que la realidad y la verdad son muy complejas, sin soluciones rápidas ni fáciles, también hemos aprendido que la libertad es requisito imprescindible para cualquier fórmula de convivencia humana. Esa libertad, también tan compleja y tan difícil de practicar total y realmente. Por eso, a través del recuerdo del humilde poeta asesinado, y en este año de Martí, debemos repetir el grito que hace cincuenta años resonaba en las calles de Buenos Aires, pero sabiendo que no es un exaltado grito tan sólo, sino una digna carga del hombre: ¡Viva la Libertad! ¡Viva Cuba libre!

ISMAEL VIÑAS.